

el primero, que te denuncie sin pruebas, y el segundo, que lo haga cuando, preso por algún indicio, la violencia del tormento le obligue á declarar. Pero contra los dos peligros hay alguna defensa, porque en el primer caso se puede alegar que te odia, y en el segundo la fuerza del dolor que le obliga á mentir. Lo más prudente es no decir nada á nadie, seguir los ejemplos que hemos citado, y, cuando se comunique la conjuración, decirla á uno solo, pues aunque esto ocasione algún peligro, es menor que el de confiarla á varios.

Caso idéntico al de los ejemplos referidos puede ser el que la necesidad te obligue á hacer con el príncipe lo que tú ves que él quiere hacer contigo, y que el peligro sea tan apremiante que sólo te deje tiempo para pensar en tu propia seguridad.

Dicha necesidad produce casi siempre el fin deseado, y bastan para probarlo estos dos ejemplos: Entre los íntimos amigos y familiares del emperador Cómodo figuraban los dos capitanes de pretorianos Leto y Electo, y su concubina más amada era Marcia. Porque los tres le habían censurado varias veces los excesos con que manchaba su persona y la dignidad imperial, determinó Cómodo matarles y puso sus nombres en una lista con los de otros que en la noche siguiente debían morir, metiendo la lista debajo de las almohadas de su cama. Jugando en la estancia y sobre el lecho un niño á quien el emperador quería mucho, encontró la lista, y cuando salía con ella en la mano lo vió Marcia, se la quitó, la leyó y, al ver lo que decía, hizo que llamaran inmediatamente á Leto y Electo. Comprendieron los tres el peligro que les amenazaba, determinaron prevenirle, y á la noche siguiente asesinaron á Cómodo.

Estaba el emperador Antonino Caracalla con su ejército en Mesopotamia, y tenía por prefecto á Macrino, hombre más bien pacífico que belicoso. Como los prin-

cipes que no son buenos temen siempre que haya quien contra ellos ejecute lo que merecen, escribió Antonino á Roma á su amigo Materniano pidiéndole consultara á los astrólogos si había alguno que aspirase al imperio, y se lo avisara. Respondióle Materniano que el aspirante era Macrino.

Llegó la carta á manos de éste antes que á las de Caracalla, y viéndose en la alternativa de morir ó de matar al emperador antes de que recibiera nueva carta de Roma, encargó á un fiel centurión, Marcial, cuyo hermano había sido muerto pocos días antes por orden de Caracalla, que asesinara al emperador, lo cual ejecutó sin obstáculo que se lo impidiera. Se ve, pues, que cuando la necesidad obliga á no perder tiempo, produce el mismo resultado que el referido procedimiento de Neleniumato de Epiro; prueba también dicho ejemplo la verdad de lo que aseguré casi al principio de este capítulo: que las amenazas son más dañosas al príncipe y ocasionan más peligrosas conspiraciones que las ofensas, y que el príncipe debe cuidar no hacerlas, porque es preciso tratar benévolamente á los hombres ó tenerlos sujetos, y no ponerles jamás en la alternativa de morir ó matar.

Los peligros que se corren en la ejecución de las conjuraciones nacen, ó de cambios de órdenes, ó de falta de ánimo en los encargados de ejecutarlas, ó de errores que cometan por imprudencia ó por no consumir el proyecto, dejando vivos algunos de los que pensaban matar.

Lo que más perturba y entorpece los actos de los hombres es la necesidad de cambiar de plan en un momento dado y repentinamente. Estos cambios son sobremanera peligrosos en la guerra y en asuntos como el que ahora tratamos; porque en ellos lo más importante es que cada cual esté resuelto á ejecutar la parte que le

toca, y si durante muchos días se vacila en el empleo de tales ó cuales medios, la perturbación de los ánimos es inevitable y con ella el fracaso del proyecto; de suerte que vale más persistir en el plan convenido al principio, cualesquiera que sean sus inconvenientes, que, por evitar éstos, cambiarlo y exponerse á otros mayores. Así sucede cuando falta tiempo para reorganizar el plan; porque si lo hay, puede reformarse á gusto de los conjurados.

Conocida es la conjuración de los Pazzi contra Lorenzo y Julián de Médicis. El proyecto era asesinarles en casa del cardenal de San Jorge, donde debían comer. Se habían distribuído los encargos de quiénes debían matarles, quiénes apoderarse del palacio del gobierno, quiénes recorrer las calles excitando al pueblo á proclamar la libertad. Ocurrió que, estando en la catedral de Florencia los Pazzi, los Médicis y el cardenal asistiendo á una misa solemne, se supo que Julián no asistiría á la comida y, reunidos los conjurados, acordaron de pronto hacer en la Iglesia lo proyectado para ejecutarlo en casa del cardenal. Esto perturbó lo convenido antes, porque Juan Bautista Montesecco se negó á intervenir en los asesinatos diciendo que no quería hacerlos en la iglesia, y fué preciso distribuir nueva y apresuradamente los encargos; de modo que, faltando tiempo para que los nuevos actores afirmaran la decisión en el ánimo, cometieron tales errores al ejecutar la conjura, que les costó la vida.

La falta de ánimo procede, ó del respeto que inspiran las víctimas, ó de la cobardía del ejecutor. La majestad propia del príncipe y la reverencia que se le guarda pueden fácilmente contener ó asustar al ejecutor. Preso Mario por los habitantes de Minturno, enviaron un esclavo para que le matara; pero amedrentado éste al ver á aquel grande hombre y al recordar su fama, se acobardó y le

faltó el ánimo para matarle. Si tiene esta influencia un hombre encerrado en una prisión y víctima de la mala fortuna, ¡cuánto mayor no será la de un príncipe libre en medio de la majestad y pompa de la corte y rodeado de sus cortesanos! No sólo puede esta magnificencia amilanar al ejecutor, sino la afectuosa acogida del soberano, desarmarle.

Conspiraron contra Sitalces, rey de Tracia, algunos de sus vasallos; acordaron el día de la ejecución, fueron al sitio convenido, donde estaba el príncipe, y ninguno se movió para ofenderle. Partieron de allí sin intentar nada y sin saber por qué se habían contenido, culpándose unos á otros. Sucedió lo mismo varias veces, hasta que, descubierta la conjuración, sufrieron el castigo del mal que pudieron y no quisieron hacer.

Dos hermanos de Alfonso, duque de Ferrara, conspiraron contra él, valiéndose para ejecutar el complot de un sacerdote y cantor del Duque, llamado Giennes, quien le condujo varias veces, á petición de los conspiradores, al sitio donde éstos le aguardaban y podían fácilmente asesinarle; pero ninguno se atrevió á hacerlo, y, descubierta la conjuración, sufrieron el castigo de su maldad y de su imprudencia. Su timidez para realizar el proyecto sólo puede atribuirse, ó al respeto que la presencia del duque les inspiraba, ó á que su bondad les desarmase.

Ocurren en la ejecución de las conjuraciones inconvenientes ó errores por poca prudencia ó por falta de valor; porque una ú otra cosa ofuscan el entendimiento y hacen decir ó hacer lo que no se debe. Esta ofuscación la demuestra Tito Livio en lo que refiere del etolio Alexámenes, cuando mató, según antes dijimos, al espartano Nabis, pues en el momento de la ejecución, cuando ordenó á los que llevaba lo que debían hacer, dice Tito Livio estas palabras: *Collegit et ipse animum,*

confusum tantæ cogitatione rei (1). Es imposible que hombre alguno, por sereno que sea y acostumbrado á ver morir á sus semejantes y á manejar la espada, no se perturbe en tales momentos. Por ello deben elegirse hombres experimentados en estos asuntos y no fiarse de otros, por valerosos que sean; porque nadie debe confiar en su valor si no está experimentado en cosas de tan grande importancia. La turbación puede hacer caer el arma de tu mano, ó hacerte decir cosas que produzcan el mismo efecto.

Lucilla, hermana de Cómodo, ordenó que Quintiano lo matara. Esperó éste á Cómodo á la entrada del anfiteatro, y acercándose á él con desnudo puñal en la mano, gritó: «Esto te envía el Senado»: palabras que ocasionaron su detención antes de poder herirle.

Antonio de Volterra, comisionado, como antes hemos dicho, para matar á Lorenzo de Médicis, al acercarse á él exclamó: «¡Ah traidor!» Exclamación que salvó á Lorenzo y perdió á los conjurados.

Pueden no tener buen éxito las conspiraciones contra una sola persona, por los motivos antes referidos; pero lo tienen mucho menos si la conjuración es contra dos, hasta el punto de ser difícilísimo que prosperen; porque realizar dos hechos iguales y al mismo tiempo en diversos sitios, es casi imposible. Ejecutarlos en distinto tiempo tampoco se puede sin peligro de que el uno dificulte el otro. De suerte que si conspirar contra un príncipe es empresa dudosa, arriesgada y poco prudente, hacerlo contra dos á la vez es vana é insensata; y si no fuese por el respeto que la historia merece, nunca creería posible lo que Herodiano dice, de que Plautiano encargó al centurión Saturnino que él solo matara á

(1) Concentró su espíritu, turbado por la idea de tan gran empresa.

Severo y Antonino Caracalla, quienes habitaban en distintos edificios. La cosa es tan inverosímil, que sólo la autoridad de Herodiano puede hacérmela creer.

Conspiraron algunos jóvenes atenienses contra Dioclés é Hippias, tiranos de Atenas. Mataron á Dioclés; pero quedó Hippias, que le vengó. Chión y Leonidas, ambos de Heraclea y discípulos de Platón, conspiraron contra los tiranos Clearco y Sátiro. Mataron al primero, pero no al segundo, y éste vengó á aquél. Los Pazzi, tantas veces citados, lograron matar solamente á Julián de Médicis; de suerte que de tales conjuras contra más de una persona todo el mundo debe abstenerse, porque ningún bien producen, ni á los conjurados, ni á la patria, ni á nadie. Y los que se libran de ellas se hacen más insufribles y crueles, como sucedió en Florencia, Atenas y Heraclea en los casos citados. Verdad es que la conjuración de Pelópidas para libertar á su patria Tebas, aunque tropezó con dificultades, tuvo completo éxito, y que no fué contra dos tiranos, sino contra diez; pero ni era confidente de ellos, ni tenía fácil acceso á sus personas, sino un rebelde que entró en Tebas, mató á los tiranos y dió libertad á su patria. Aun así, sólo pudo ejecutarlo con la ayuda de un tal Carón, consejero de los tiranos, que le facilitó la entrada para realizar sus designios.

Que no haya quien imite su atrevimiento, porque la empresa era casi imposible y milagrosamente salió bien; por ello la han celebrado y celebran los escritores como extraordinario y sin ejemplar suceso.

Pueden hacer fracasar las conspiraciones un temor infundado ó un accidente ocurrido al tiempo de ejecutarlas. Durante la mañana del día en que Bruto y los demás conjurados mataron á César, estuvo éste hablando mucho tiempo con Gneo Popilio Lena, uno de los conspiradores, y al observar los otros tan largo

parlamento, creyeron que Popilio estaba denunciando la conjuración, y á punto estuvieron de asesinar inmediatamente á César, sin esperar á que fuera al Senado. Así hubiese sucedido si no les tranquilizara ver que, terminada la conversación, no hizo César ademán alguno extraordinario.

Estas falsas alarmas deben tenerse en cuenta y apreciarse prudentemente por la facilidad con que se producen; porque quien tiene la conciencia impura, fácilmente cree que se habla de él, y una frase dicha con otro objeto la atribuye á lo que preocupa su ánimo y produce la alarma ocasionando, ó la fuga, que descubre la conjura, ó su fracaso por precipitar la ejecución. Esto es tanto más fácil cuanto mayor es el número de conspiradores.

En cuanto á los accidentes imprevistos, lo mejor es citar algunos ejemplos que enseñen á precaver sus efectos.

Julio Belanti, de Siena, á quien antes citamos, por odio contra Pandolfo, que le había robado la hija después de prometérsela en matrimonio, determinó matarle, y eligió el momento. Pandolfo iba todos los días á visitar á uno de sus parientes enfermos y pasaba por delante de la casa de Julio. Observado por éste, metió á los conjurados en su casa y les ordenó asesinar á Pandolfo cuando pasara. Preparados estaban detrás de la puerta, y uno de ellos en una ventana para avisar la llegada de Pandolfo; pero cuando se acercaba, y hecha ya la señal, encontró á un amigo que le detuvo. Algunos de los que con él iban siguieron andando, llegaron ante la casa de Julio, vieron allí extraños movimientos, oyeron ruidos de armas y descubrieron la emboscada, salvándose Pandolfo y teniendo que huir de Siena Julio y sus compañeros. El inesperado encuentro del amigo bastó para que fracasara el propósito de Belanti. Estos

accidentes son raros, y por ello no cabe precaverlos. Conviene, pues, calcular los probables para remediarlos.

Réstanos hablar ahora de los peligros posteriores á la ejecución. No hay más que uno: consiste en que sobreviva alguno que venga al príncipe muerto. Pueden sobrevivir sus hermanos ó sus hijos ú otros parientes llamados á sucederle en el trono, y ocurrir esto, ó por negligencia de los conjurados, ó por cualquiera de las causas ya referidas, que facilitan la venganza; como sucedió á Juan Andrés de Lampognano, que con otros conjurados mató al duque de Milán, pues quedaron un hijo y dos hermanos del muerto, que le vengaron. En tales casos, ni lo que sucede es por faltas de los conjurados, ni hay remedio posible; pero cuando sobrevive alguno por imprudencia ó negligencia de los conspiradores, no merecen éstos excusa.

Algunos conjurados de Forli asesinaron al conde Jerónimo, su señor, y prendieron á la condesa y á sus hijos, que eran pequeños. Para asegurarse necesitaban tener en su poder el castillo, que no quería entregar el gobernador. Doña Catalina (que así se llamaba la condesa) prometió á los conjurados rendirlo si le permitían entrar en él, dejándoles en rehenes sus hijos. Fiados en la prenda que les daba, la permitieron subir á él, y cuando estuvo dentro les vituperó por la muerte de su marido, amenazándoles con toda clase de castigos; y para demostrarles que no se cuidaba de sus hijos, les enseñó los órganos genitales, diciéndoles que tenía con qué hacer otros. Comprendieron los conjurados demasiado tarde la falta cometida, y pagaron su imprudencia con perpetuo destierro.

Pero de todos los peligros que pueden seguir á la ejecución de una conjura, ninguno es más seguro ni más temeroso que el afecto del pueblo al príncipe asesinado.

porque en tal caso no hay remedio para los conjurados, siéndoles imposible librarse de todo el pueblo. Ejemplo de esto es César. Le amaba el pueblo romano y vengó su muerte porque, arrojando de Roma á los conjurados, hizo que murieran todos violentamente en diversos tiempos y distintos lugares.

Las conspiraciones contra la patria son menos peligrosas para los que las traman que las proyectadas contra los príncipes. En su preparación hay menos riesgo, en proseguirlas los mismos que en estas últimas, y en ejecutarlas ninguno. Los peligros son menores al proyectarlas, porque cualquier ciudadano puede aspirar al poder sin manifestar á nadie sus intenciones, y si no hay nada que estorbe sus propósitos, dar feliz cima á la empresa. Si hay alguna ley que lo impida, espera oportunidad ó toma otro camino. Esto puede ocurrir en una república donde haya elementos de corrupción, porque en las que no existen, á ningún ciudadano le ocurre tal pensamiento.

Pueden además los ciudadanos por muchas vías y medios, y sin correr grandes riesgos, aspirar á la soberanía. Las repúblicas toman contra este peligro menos precauciones y más lentas, porque, no sospechándolos tanto, tienen menor cautela, y porque, guardando más consideraciones á los ciudadanos poderosos, les facilitan ser más audaces y atrevidos contra ellas. Todos saben la conjuración de Catilina, descrita por Salustio, y que, aun después de descubierta, Catilina permaneció en Roma y fué al Senado, donde insultó á los senadores y al cónsul. ¡Tan grande era el respeto que en Roma se guardaba á los ciudadanos!

Aun después de partir de Roma y de ponerse al frente de su ejército, no hubiera sido preso Léntulo y los otros conjurados, á no descubrir cartas de su puño y letra que provaban manifiestamente su delito.

Aspirando á la tiranía Hannón, poderosísimo ciudadano de Cartago, determinó envenenar en las bodas de una hija suya á todos los senadores y proclamarse después príncipe. Descubierta el complot, limitóse el Senado á hacer una ley, fijando el máximo de los gastos en convites y bodas. ¡Tanta fué la consideración que guardaron á la grandeza de Hannón!

Ciertamente en la trama de una conjuración contra la patria las dificultades y los peligros son mayores, porque rara vez bastan contra tantos ciudadanos las fuerzas propias de un conspirador, y pocos son los que se encuentran en estos casos al frente de ejércitos, como César, Agatocles, Cleomenes y otros, que en un momento dominaron por fuerza la patria. Estos encuentran el camino expedito y seguro; pero los que no pueden disponer de tales medios necesitan valerse del engaño, la astucia ó las tropas extranjeras.

De engaño y de astucia véanse ejemplos. Por su victoria contra los megarenses amaba mucho el pueblo de Atenas á Pisistrato. Salió de su casa una mañana herido, diciendo que la nobleza por celos le había atacado, y pidió llevar consigo una guardia de hombres armados. Conseguido esto, fácilmente aumentó su poder hasta llegar á ser tirano de Atenas.

Pandolfo Petrucci volvió con otros desterrados á Siena y le fué dado el mando de la guardia de la plaza como cargo sin importancia que otros rechazaban; sin embargo, sus hombres armados llegaron á darle tanto prestigio, que al poco tiempo logró la soberanía.

Otros muchos se han valido de procedimientos semejantes, llegando sin peligro, y al cabo de algún tiempo, á ejercer el poder.

Los que con ejército propio ó tropas extranjeras conspiraron para subyugar á su patria, tuvieron varia suerte, según los sucesos. Catilina, ya citado, sucumbió. Han-

nón, mencionado también, al fracasar el envenenamiento, armó muchos miles de sus partidarios y pereció con ellos. Algunos ciudadanos de Tebas, deseosos de ser tiranos, llamaron en su auxilio un ejército espartano y se apoderaron del mando supremo de la ciudad.

Examinando todas las conspiraciones contra la patria, encontraránse pocas ó ninguna que fracasen mientras se traman. Todas fracasan ó vencen en la ejecución.

Cuando triunfan, no ocasionan otros riesgos que los inherentes al poder supremo, porque quien llega á ser tirano corre los peligros propios de la tiranía, cuyos únicos remedios ya hemos citado.

Esto es cuanto me ocurre decir de las conjuraciones, y si he hablado de las en que se emplean las armas y no el veneno, es porque en ambas se procede de igual modo. Verdad es que aquellas en que se emplea el veneno son más peligrosas por ser más inciertas. Este medio no está al alcance de todo el mundo; es necesario entenderse con quien lo posee, y de aquí el riesgo que se corre al buscar la complicidad. Además, por muchas causas puede no matar un veneno, como sucedió en el asesinato de Cómmodo, quien rechazó el que le daban, y, queriendo los asesinos acabar con él, tuvieron que estrangularle.

La mayor contrariedad, la mayor desdicha para un príncipe es una conspiración contra él, porque le mata ó le infama. Si la conjura prospera, él muere, y si se descubre y son muertos los conjurados, siempre se supone que ha sido una invención del príncipe para satisfacer su avaricia, ó su crueldad, ó su sed de la sangre, ó su codicia de los bienes de los castigados.

No dejaré de advertir al príncipe ó república contra quien se conspire que, descubierta la conjuración, antes de castigar á los conjurados, examinen bien la índole

le é importancia de aquélla, y calculen con cuidado las condiciones y recursos de los conspiradores y sus propios medios. Si el partido de aquéllos es numeroso y potente, no deben intentar el castigo hasta contar con fuerza bastante para vencerlo. Obrando de otro modo acelera la propia ruina; y conviene disimular cuidadosamente, porque los conjurados, al verse descubiertos, por necesidad acudirán á la violencia.

Ejemplo de ello lo hay entre los romanos, quienes habiendo dejado dos legiones para guardar á Capua contra los samnitas, según antes dijimos, los jefes de estas tropas se conjuraron para dominar á los de Capua, y sabida en Roma la conspiración, fué enviado el nuevo cónsul Rutilio con orden de poner remedio. Para adormecer á los conjurados publicó Rutilio que el Senado prorrogaba la estancia en Padua de las dos legiones. Creyéndolo los soldados, parecióles que había tiempo para realizar sus proyectos, y no trataron de acelerar la ejecución, hasta que vieron que el cónsul separaba á unos de otros, cosa que les infundió sospechas y les obligó á descubrirse y á procurar la realización de sus designios.

No puede aducirse mejor ejemplo para los conspiradores y para aquellos contra quienes se conspira, porque prueba la lentitud de los hombres cuando creen tener tiempo para realizar las cosas y su aceleramiento cuando la necesidad les obliga. Tampoco pueden emplear mejores medios el príncipe ó república que desean descubrir en tiempo oportuno una conjuración, que el de presentar astutamente á los conjurados próxima ocasión de realizar sus planes, para que, aguardándola, ó creyendo que tienen tiempo, se lo proporcionen á los que han de castigarles.

Quien procede de otro modo acelera su pérdida, como lo hizo el duque de Atenas y Guillermo de Pazzi.

Llegó el duque á ser tirano de Florencia, y sabiendo que conspiraban contra él, sin enterarse bien de la importancia de la conjura, mandó prender á uno de los conjurados, ocasionando con ello que los otros pusieran inmediatamente mano á las armas y le quitaran el poder.

Siendo Guillermo comisario en Val de Chiana en 1501, supo que se conspiraba en Arezzo en favor de los Vitelli, y para emanciparse del dominio de los florentinos; inmediatamente fué á aquella ciudad, y sin calcular la fuerza de los conjurados ni la suya, ni aprontar recursos para vencer á aquéllos, guiándose únicamente por consejos del obispo de Arezzo, que era hijo suyo, mandó prender á uno de los conspiradores, con lo cual acudieron los demás á las armas y emanciparon á Arezzo de Florencia, quedando prisionero el comisario Guillermo.

Pero cuando la conspiración carece de fuerzas se la debe sofocar inmediatamente. No conviene imitar entonces los dos ejemplos que á continuación citamos, y que parecen contradictorios. Refiérese el primero al mencionado duque de Atenas, quien para demostrar la confianza que tenía en el cariño de los ciudadanos florentinos mandó matar á uno que le denunció una conspiración; y el segundo á Dión de Siracusa, que, para conocer las intenciones de uno que le era sospechoso, ordenó á su confidente Callipo que le propusiera conspirar contra él. Ambos hicieron mal, porque el primero desanimó á los denunciadores y con ello alentó á los deseosos de conspirar, y el otro facilitó el camino de que le mataran, haciéndose, por decirlo así, jefe de la conjuración que produjo su muerte, según demostraron los sucesos; porque pudiendo Callipo conspirar sin temor alguno contra Dión, lo ejecutó tan bien, que le quitó los Estados y la vida.

CAPÍTULO VII

Por qué los cambios de la libertad á la servidumbre y de la servidumbre á la libertad son unas veces sangrientos y otras no.

Preguntarán quizá algunos por qué unas veces ocasionan derramamiento de sangre y otras no, los cambios de la libertad á la tiranía y vice versa, pues la historia demuestra que en tales variaciones unas veces han muerto muchísimos hombres, y otras á nadie se causó ofensa; como ocurrió al pasar Roma del poder de los reyes al de los cónsules, siendo desterrados solamente los Tarquinos y no perjudicando á ninguna otra persona. Esto depende de que el orden de cosas que se muda haya nacido ó no con violencia, porque en el primer caso ha dañado á muchos ciudadanos, y, al derribarlo, los ofendidos se vengán. Este deseo de venganza produce el derramamiento de sangre. Pero si el régimen que se derriba fué creado con el consentimiento general de los ciudadanos, no hay motivo, al destruirlo, para ofender más que á los gobernantes.

Así sucedió en Roma al expulsar á los Tarquinos, y así en Florencia cuando en 1494 cayeron del poder los Médicis, siendo ellos los únicos desterrados. Tales cambios no suelen ser muy peligrosos; pero son peligrosísimos los que realizan hombres dominados por el deseo de vengarse, y la lectura de los atropellos que ocasionaron siempre causa verdadero horror. Como la historia está llena de ejemplos de esta clase, no hay para qué citarlos aquí.